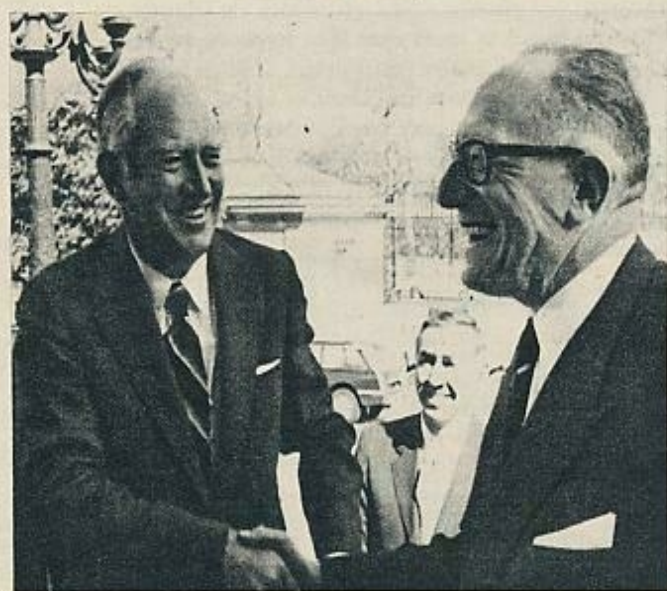


LA DIPLOMACIA TRIANGULAR

TODO el borde exterior de Asia, toda una inmensa curva que va desde la península indochina hasta el Mediterráneo árabe, señala ahora la zona principal de inquietud del mundo, con los puntos más graves precisamente en los extremos, pero también con algunos lugares intermedios agudos: Pakistán, Ceilán, Turquía. Hay varias maneras de explicar esa situación y el conjunto de todas ellas forma su complejidad. Desde Occidente se señala esa línea como una ambición geoestratégica de la URSS, cuya importante fuerza naval, partida del mar Negro al Mediterráneo, podría llegar al Indico por el canal de Suez, una vez negociada su reapertura, para llegar a los mares de China por el camino más corto, manteniendo bases e influencia en la costa asiática. La versión inversa es la que acusa a los Estados Unidos de Imperialismo y colonialismo asiáticos, de defensa de intereses capitalistas, que van desde el petróleo de los países árabes al del golfo de Tonkin, y el sostenimiento estratégico de una línea de defensa de sus bases, bien establecidas en Indonesia, Oceanía, Filipinas, Formosa y Japón. Es decir, esta amplia zona sería la frontera disputada entre las dos grandes superpotencias, sus límites de expansión-contención. Las dos etapas iniciales del viaje del secretario de Defensa de los Estados Unidos, Rogers, en Londres y Ankara, tratarían de reforzar los dos viejos pactos militares con que se inició esta estrategia —el OTASE, o tratado de Asia del Sudeste, y el Centro, o tratado Central—, y su viaje de mediador a los países árabes en busca de una «mediación» intentaría buscar una paz que diera ciertas posibilidades de control sobre la navegación del canal de Suez. La penetración soviética hacia el Indico tiene algunos puntos de estrangulación posibles. Grecia y Turquía forman uno de ellos; la existencia de una dictadura en Grecia no es, naturalmente, ajena a ello, y tampoco lo son los actuales acontecimientos en Turquía, donde el nuevo régimen, impuesto por el Ejército, lanza gritos de alarma contra una supuesta guerra civil provocada por la izquierda y encuentra eco en los Estados Unidos. El otro punto de estrangulación de la penetración posible de la URSS hacia el Indico es el canal de Suez y está en relación directa con el viaje de Rogers a los países de la zona.

PERO el examen de esa situación desde estos datos sería parcial, distante y meramente académico si no se supiera que precisamente la zona en combustión está señalada en los mapas económicos como la más pobre del mundo, aquella en que la renta por cabeza es la más baja del planeta, con todo lo que ello significa: hambre, epidemias, de-

El «viaje de mediador a los países árabes por parte de Rogers, secretario de Defensa de los Estados Unidos, intentaría buscar una paz que diera ciertas posibilidades de control sobre la navegación del canal de Suez». (Rogers, a su llegada a París, es recibido por Maurice Schumann, ministro de Asuntos Exteriores de Francia).



mografía, elevada, mortalidad y morbilidad altas, analfabetismo, desesperación... Es necesario insistir una vez más en que las verdaderas fuerzas motrices de insurrecciones, motines o revoluciones están en el interior de sus protagonistas y no en astutas conspiraciones exteriores, que no sirven más que como figuras retóricas. La CIA puede provocar un golpe de Estado o una revolución «de palacio» que cambie un dirigente por otro, un grupo por otro, pero no puede sacar el pueblo a la calle. Un padre de familia que sale a la calle con un hacha no tiene más «vehículo» dentro que su hambre y el de los suyos y la larga experiencia de que no tiene otra salida posible, aunque la que emprenda sea improbable. Los guerrilleros palestinos, los llamados «guevaristas» cingaleses o los secesionistas bengalíes no tienen otro motor que el de su miseria, aunque el revestimiento político —irredentismo o secesionismo— pueda darles otro aspecto político que conduzca a la confusión.

EN este punto es muy conveniente advertir que las dos grandes potencias están trabajando con una tendencia a la moderación y a apagar los conflictos en lugar de contribuir a incendiarlos. Los guerrilleros palestinos están desahuciados no sólo por las grandes potencias, sino por la mayoría de los países árabes, y parece que hay que descartar definitivamente su regreso a Palestina. En Ceilán, el Gobierno neutralista —con comunistas en el Gabinete— no sólo ha recibido armas de los Estados Unidos para combatir a los guerrilleros, sino que también les ha recibido de la Unión Soviética. En cuanto al Pakistán, tiene también el discreto apoyo de los Estados Unidos y la URSS contra los bengalíes, y finalmente ha recibido también el de China comunista, que actúa esta vez como potencia asiática y no como país revolucionario: sea cual sea la situación de opresión y miseria de los bengalíes del Pakistán Oriental, pertenezca como pertenece Pakistán a los pactos anticomunistas de Washington —el CENTO y la OTASE—, lo considera como una baza importante contra la India, que, sin pertenecer a ninguno de esos pactos, oficialmente neutralista, mantiene una continua hostilidad hacia China, planteada a veces en sangrientos conflictos fronterizos. Desde el primer momento de la insurrección bengalí, los aviones de transporte de tropas desde el Pakistán Occidental tuvieron autorización para volar sobre territorio chino, mientras India se la negaba.

CHINA, efectivamente, comienza a aparecer ahora con un nuevo rostro. Lo que la prensa mundial llama «la diplomacia del ping-pong» o «la paz del ping-pong» no es más que la exageración de una pura anécdota, la ingenua y casi ridícula ocasión buscada y preparada por los Estados Unidos y por China desde hace muchos años. Los contactos entre los dos países por mediación de sus Embajadas —nutridas de expertos— en Polonia no han cesado jamás, aunque hayan tenido temporadas bajas —especialmente durante la revolución cultural—; la mediación de Rumania entre los dos países es muy fuerte desde hace unos años —desde que Rumania se distancia moderadamente del bloque soviético y se negó a la condena de China— y, ahora, tras el reconocimiento de Canadá, China ha establecido en Ottawa una poderosa Embajada, que según los expertos constituye un verdadero cuartel general y puede ser el centro de su negociación con los Estados Unidos y de su relación con Occidente. Desde hace años, también se advierte un lento proceso de reconocimiento de China por parte de los países occidentales —aparte de los neutralistas, de poco peso específico, y de los comunistas— y del consiguiente abandono de las relaciones con la Formosa de Chiang Kai Chek. En cuanto a los Estados Unidos, la idea de cambiar por la fuerza el régimen de China debió abandonarse a raíz de la guerra de Corea —cuando Mac Arthur pretendió lanzar bombas atómicas sobre China y fue prudentemente destituido por Truman— y ha sido ratificada en la guerra de Indochina: la imposibilidad de dominar un pequeño país guerrillero a fuerza de ejércitos expedicionarios y de bombardeos masivos parece solamente un reflejo de lo que ocurriría si se tratase de invadir un inmenso país de 700-800 millones de habitantes educados para formar un ejército total de defensa popular.

ESTA casi obligatoriedad de contar con China que van teniendo los Estados Unidos aparece envuelta en razones de poderío: la apertura de un inmenso mercado donde hace falta de todo, y que ya está penetrando por Francia, por Italia, por Canadá, daría a los industriales y comerciantes de Estados Unidos una ocasión excelente de exportar



«Ya Nixon anunciaba en una de sus últimas conferencias de prensa la reconversión de la economía de guerra en economía de paz».

y podría ir sirviendo para lo que ya Nixon anunciaba en una de sus últimas conferencias de prensa, la reconversión de la economía de guerra en economía de paz. Y desde un punto de vista de estrategia global sería una forma de presión sobre la URSS, cuya situación con respecto a China no ha mejorado nada en estos últimos tiempos (aunque no está excluido que pueda mejorar en el futuro: más difícil parecía que mejorase su relación con los Estados Unidos).

PARA el esclarecimiento final de las relaciones entre los Estados Unidos y China hay numerosos graves problemas que resolver. Uno de ellos es el de la península Indochina; el otro, el de Formosa. Los Estados Unidos tenderían ahora a preparar en Vietnam un Gobierno neutralista del que pudieran retirar sus tropas, pero no su presencia y su influencia, con una tolerancia de China y de la URSS. Un país que, teóricamente, sería ayudado por todos a reconstruirse. Y quizá a la larga a unificarse con Camboya, con Laos, formando una península «nacionalista» que, según algunos expertos del Departamento de Estado, sería la mejor garantía para la contención de China en esa parte del mundo. En cuanto a Formosa, la solución parece también muy difícil. La idea de las dos Chinas en la ONU (¿cuál de ellas ocuparía el asiento permanente en el Consejo de Seguridad, con derecho a veto?), que parecen favorecer los consejeros de la Casa Blanca, es sistemáticamente rechazada por Formosa y por Pekín, como se rechaza también la idea de una conferencia entre Mao y Chiang Kai Chek para un arreglo final y pacífico de la cuestión (aunque se asegura que aparte del anciano mariscal, muchos personajes de Formosa favorecen la idea de la reunificación, a condición de que se les conserven sus rangos y privilegios). Tampoco los militares más conservadores del Pentágono parecen dispuestos a perder esa enorme fortaleza asiática. La homologación de este problema de «las dos Chinas» a los otros problemas de división de la posguerra —las dos Coreas, los dos Vietnam, las dos Alemanias...— es irrelevante por la desproporción entre la China continental y la China insular.

NO son sólo esos los problemas los que se oponen a una coexistencia entre China y los Estados Unidos. Está la inquietud de los Gobiernos —tampón colocados por los Estados Unidos en la zona asiática, y uno de los objetos de Rogers en las conferencias del Centro y la OTASE era el de asegurar a sus aliados que no los abandonará. Ciertamente que no los abandonará, porque nada hay más lejano a los propósitos de Washington que abandonar la zona. Lo que está buscando es otras formas de continuar en ella. Formas menos utópicas y menos onerosas que las de una guerra de invasión.

ES posible, desde hace tiempo, imaginar un mundo en que las potencias dominantes sean tres en lugar de dos. Las tendencias en ese sentido no cesan. Se acentúan. Pero pasarán, probablemente, decenios antes de que se consoliden —si es que antes una gran guerra no hace variar todo—, habrá numerosos saltos atrás y adelante. La diplomacia triangular será, naturalmente, mucho más difícil de dirigir y llevar que la bilateral. Pero, prácticamente, estamos ya dentro de ella.

Mac Namara

y sus tres

sombreros:

la Ford,

el Pentágono,

y el Banco

Mundial

EL paso de Robert Mac Namara por España —con su dotación de créditos— no impide que su figura se ofrezca paradigmáticamente para el análisis de las fronteras de una situación que él representa y, a la vez, excede y ejemplifica: la edad de «las relaciones públicas» y de la «managerial revolution». Pasaría bien, en un examen apresurado y de perfil, por lo que ha dado en llamarse el tecnócrata. Sería difícil aceptar, sin embargo, una interpretación tan simplificada. Robert Mac Namara constituye y define mejor al Establecimiento Civil y al Establecimiento Militar en su mayor entronque y el complejo militar-industrial-universitario.

Su llegada al poder parece un accidente. Pero de serlo sería, por tanto, un accidente necesario. Cuando John F. Kennedy tuvo que elegir un ministro de Defensa no tenía nombres. Había decidido, eso sí, que el Pentágono, Hacienda y el Departamento de Estado fueran el «test» histórico, el marco político de la alianza con el Establecimiento. Hacienda sería para el banquero Dillon, republicano —no por eso, por favor—, sino porque una larga tradición existente, es decir, esto que es lo real, revela que la estructura bancaria de los Dillon ofrece al poder, de forma fielmente reproducida a través de los distintos Presidentes, equipos de hombres. Al Departamento de Estado fue Dean Rusk, que procedía de una gran Fundación y, en consecuencia, era un hombre del alto Establecimiento Civil. Para Stevenson se reservó la ONU, es decir, aquel hierro frío, aquel discurso helado de las confusiones que se llamó Bahía de los Cochinos. «No sabía nada». De todo eso murió.

En las conversaciones con el Establecimiento del Este para la formación del Gabinete —para esos puestos clave— un estricto representante de aquél, el banque-

ro Lovett, sugirió el nombre de Robert Mac Namara, y dijo a Kennedy que debía ser considerado o bien para el Tesoro o bien para el Pentágono. «Kennedy, impresionado por la recomendación de Lovett» (página 131 del libro de Arthur Schlesinger «A Thousand Days»), ordenó a su cuñado, Sargent Shriver, que «le echara una ojeada». Robert Mac Namara había sido elegido presidente de la Ford «un día después que Kennedy lo fuera para la Presidencia de los Estados Unidos». No le conocía de nada.

La ojeada, «the look», demostró que Robert Mac Namara era Phi Beta Kappa de la Universidad de California. Lo cierto es que la incorporación al Gabinete del presidente de la Ford —como en la etapa de Eisenhower lo fuera el presidente de la General Motors— facilitaba la integración casi espontánea y, al mismo tiempo radical, de la estructura de las fuerzas políticas y económicas. Secretario de Defensa había sido el presidente de la General Motors, primera sociedad industrial del mundo. Al mismo cargo iría el presidente de la Ford, tercera corporación de los Estados Unidos. Su cifra de ventas en 1970 fue de 14.980 millones de dólares. Casi la mitad de la renta nacional de España.

Durante su estancia en el Pentágono, Mac Namara racionalizó fines y medios, y la cifra presupuestaria de Defensa pasó de 47.383 millones de dólares en 1961 a 80.516 en 1968, esto es, una suma casi dos veces superior a la exportación total de todos los países en vías de desarrollo en aquel año. La guerra de Vietnam —donde se han arrojado en estos años más bombas que en el conjunto total de los teatros de guerra durante la segunda guerra mundial— no explicaría, por sí misma, tan gigantesco balance. Está claro que la carrera armamentista del mundo facilita ese terrible despilfarro. Nada puede impedirnos reflexionar, sin embargo, sobre la etiología profunda del engranaje.

Cuando Mac Namara abandonó el Pentágono —el primer secretario de Defensa de los Estados Unidos fue Forrestal, ex presidente de la financiera Read, del Banco Dillon— pasó al Banco Mundial, poniéndose así, en bien poco tiempo, el tercer sombrero de una misma estructura de poder.

Y en el Banco Mundial ha hecho famosa una máxima de encendido «altruismo» y que, a la letra, dice así: «Cinco dólares dedicados al control de natalidad son más rentables que cien dedicados al desarrollo». Es aquí donde los tres sombreros coinciden. Si se esterilizara al Tercer Mundo radicalmente no se contaría, cierto, con la explosión demográfica y tampoco con la urgente, perentoria y radical necesidad de cambio de unas estructuras abso-